

Dió de bruces contra la barra, sin percibirse de la rudeza del choque y se puso á trabajar con los demás gritando y arqueándose con vigor sobre sus plantas. Sentía que una ola cálida y benéfica penetraba en su pecho y reparaba las fuerzas que dispendiaba. Su alegría sin límites se expresaba en gritos salvajes. No veía á nadie. El solo, hacía dar vueltas al torno y sus grandes fuerzas aumentaban más y más. Encorvado, la cabeza baja, se parecía á un toro, embestia á aquella resistencia que cedía ante él, lentamente, á cada uno de sus pasos, al mismo tiempo que le empujaba hacia atrás. Cada pie de terreno ganado, le excitaba más y más, cada esfuerzo se reconstituía por una nueva oleada de orgullo indomable y febril. La cabeza le daba vueltas, sus ojos estaban inyectados en sangre, no veía nada y sólo sentía que un obstáculo formidable le interceptaba el camino, que le vencía, que iba á salir victorioso y que entonces podría respirar libremente á plenos pulmones, en un delirio de altivez dichosa.

Era la primera vez de su vida que experimentaba un sentimiento tan violento y, con su alma hambrienta y ávida, se emborrachaba, se deleitaba en ello y exhalaba su alegría gritando al unísono con los demás cual una tocata guerrera.

—¡Ah!... ¡hiss!... ¡ah!... ¡hiss!

—¡Parad!... ¡Apretad! ¡parad, hijos míos!...

Tomás recibió un choque en el pecho y fué despedido con violencia.

—Os felicito, Tomás Ignatitch, del éxito final, decía el capataz, radiante de alegría. ¡Dios sea loado! Debéis estar fatigado.

La brisa glacial soplaba en pleno rostro. Un jaleo alegre y adulador se elevaba alrededor de Tomás. Los obreros le rodeaban, con sonrisas afectuosas sobre sus rostros sudorosos, empujándose alegremente. El los contemplaba sonriente é indeciso:

su agitación no se había aún disipado y le impedía comprender lo que les ponía tan contentos.

—Cerca de tres millones y medio de kilogramos, que se han sacado de la tierra con la misma facilidad que un rábano, decía una voz. El patrón debería convidarnos á beber.

De pie sobre el montón de cuerdas, Tomás miraba por encima de las cabezas de los obreros. Entre los dos barcos se percibía ahora un tercero, negro, enlodado, destrozado, liado profusamente de cadenas. Estaba como encorvado, como atacado de atroz enfermedad y allí, suspendido entre sus dos compañeros, se veía deforme é impotente, apoyándose sobre ellos. En medio del puente se erguía tristemente un mástil roto, cubierto de manchas mohosas y á lo largo corrían delgados hilillos de agua rojiza, parecida á sangre. El puente estaba lleno de una porción de hierros, de troncos de madera picada, negros y viscosos, de cuerdas...

—¿Lo han sacado? preguntó Tomás, no sabiendo qué decir en presencia de aquella masa informe y pesada y sintiéndose de nuevo ofendido al pensar que era para sacar á flor de agua aquel monstruo, sucio y desbaratado, para lo que su corazón había latido en su pecho y que había experimentado aquella explosión de alegría. ¿Cómo está? se informó vagamente, volviéndose hacia el capataz.

—No está mal, le dijo éste.

Y añadió como si hubiese querido consolarle:

—Es menester descargarle en seguida y poner una veintena de carpinteros y pronto tendrá otro aspecto.

El muchacho rubio se había aproximado á Tomás y le decía con franca sonrisa:

—¿No convidaréis á aguardiente? ¿eh?

—¡Eso no corre prisa! le dijo severamente el capataz.

—Ya ves que estamos cansados...

Entonces de todos lados partieron exclamaciones:

—¡Cómo no estar fatigados!

—Como que no es una pavesa!

—Cuando no se tiene la costumbre, bien seguro que se cansa uno!

—Cuando no se tiene la costumbre, se cansa uno hasta de comer la sopa...

—Yo no estoy cansado, declaró Tomás sombrío.

Y las observaciones siguieron en aumento, mientras los campesinos se le aproximaban.

—¡Ciertamente! cuando el trabajo agrada, no es penoso de ningún modo...

—Este es un juego...

—Esto no cansa más que el acariciar á una mujer...

El muchacho rubio era él solo el que mantenía su idea. Imploraba, sonriente y suspirando:

—¡Excelentísimo! ¡Convidanos á vino!...

Tomás miró todos estos rostros barbudos, apiñados á su alrededor y experimentó el deseo de decirles algo insultante. Pero sus ideas estaban de tal modo confusas, que no encontró nada y concluyó por gritar con cólera, sin darse cuenta de sus palabras:

—¡No pensáis más pue en beber! Lo demás no os importa. Deberíais preguntaros por qué.

La estupefacción se pintó en todos los rostros. Aquellos seres barbudos, azules y rojos, suspiraron, se rascaron, perdiendo el equilibrio de sus cuerpos, apoyándose en uno y otro pie. Algunos arrojaron á Tomás miradas desconcertadas y le volvieron la espalda.

—¡Sí, suspiró el capataz, eso sería muy bueno! Quiero decir que es bueno saber el por qué y cómo cada cosa se hace... Es una palabra... llena de sentido...

El muchacho rubio, testarudo, hizo un gesto con la mano y dijo con sonrisa dulce:

—Nosotros no tenemos tiempo de reflexionar en el trabajo. Cuando se tiene se le da fin. Nuestro asunto es bien sencillo: un rublo ganado, ¡Dios sea loado! Somos capaces de hacerlo todo...

—¿Y sabes tú lo que debes hacer? preguntó Tomás, á quien estas contradicciones exasperaban.

—Sí, todo. . esto, aquello...

—¿Y el resultado?

—El resultado es siempre el mismo para nosotros... el pan y las imposiciones, cuando se ha ganado... se vive, Si resultan algunos céntimos de más, se bebe.

—¡Pero! ¡oye! exclamó Tomás lleno de desprecio. ¿Para qué hablas? ¿Qué entiendes tú?

—¿Está en nosotros comprender? dijo el muchacho rubio moviendo la cabeza.

Aquellas razones de Tomás empezaban á agriarle; creía comprender que era para no darles de beber y se irritaba un poco.

—¡Tú vé! dijo Tomás con tono doctoral, encantado de que el chico cediese y sin notar las miradas burlonas y taimadas de los campesinos. El que comprende se dá cuenta de que debe trabajar en una obra eterna para una obra de la que pueda decirse mil años transcurridos: «Los campesinos de Bagorodsk lo hicieron». Sí.

El muchacho rubio miró admirado á Tomás y preguntó:

—¿Y si para ello nos hiciese falta beber todo el Volga?

Y soltó una carcajada, movió la cabeza y declaró:

—¡No podríamos, estallaríamos!

Estas palabras confundieron á Tomás. Miró á su alrededor; los campesinos sonreían desdeñosamen-

te y con sorna... Y aquellas sonrisas le picaron como agujas...

Un campesino grave, con una gran barba gris que hasta entonces no había abierto la boca, se decidió á hablar. Se aproximó á Tomás y pronunció lentamente:

—Aunque bebiesemos el Volga hasta la última gota y comiésemos aquella montaña... se olvidaría ¡Excelentísimo! Todo se olvida... La vida es larga... No nos es dado á nosotros hacer tales trabajos... ¡Los andamiajes, este es nuestro cometido!

Y escupió á sus pies, alejándose con indiferencia y perdiéndose en la muchedumbre. Sus palabras desconcertaron á Tomás; se sentía tonto y ridículo á los ojos de los campesinos. Entonces para salvar su prestigio de patrón y atraer de nuevo su atención, se irguió é hinchando cómicamente sus mejillas, declaró con énfasis:

—¡Os pago tres cubos de aguardiente!

Los discursos más cortos son siempre los más apreciados y producen las mayores sensaciones. En el acto los campesinos se dispararon respetuosamente ante Tomás, saludándole por lo bajo, con alegres y reconocidas sonrisas y dándole las gracias por su generosidad.

—Conducidme á tierra, dijo Tomás, dándose cuenta que la excitación ficticia que le sostenía no duraría.

Un gusano le roía el corazón; se sentía muy triste.

—¡Me aburro! dijo, entrando en la cabaña donde Sacha, vestida con un vestido rosa, elegante, se movía alrededor de la mesa, disponiendo los vinos y los entremeses.

—¡Me aburro, Alejandra! ¿No puedes tú hacer nada por mí, ¿eh?

Ella le miró atentamente, después se sentó á su lado y dijo:

—Si te aburres, es porque deseas algo... ¿qué te hace falta.

—¡No sé! le respondió él moviendo la cabeza melancólicamente.

—Pero medita, busca...

—No sé pensar... mis pensamientos no me conducen á nada...

—¡Ah! ¡Niño! pronunció Sacha quedo y con tono lleno de desprecio.

Se alejó y añadió:

—No te sirve para nada la cabeza.

Tomás no vió el tono con que fueron dichas aquellas palabras y no notó su movimiento de repulsión. Con los dos brazos apoyados en el banco en que se hallaba sentado y el cuerpo inclinado hacia adelante, miraba al suelo y hablaba y hablaba balanceando el busto:

—Pienso á veces, pienso... y los pensamientos se posan agrupados en mi alma, como moscas en liga... Después bruscamente, todo se desvanece, desaparece como por encanto y el alma queda vacía, negra y glacial como una cueva... ¡nada subsiste! Eso hace temblar... como si no se fuese hombre, sino un abismo sin fondo... ¿Qué me falta?

Se calló, pensativo. Sacha se levantó del banco y dió la vuelta á la cabaña mordiéndose los labios. Después se detuvo delante de él, levantó los brazos por encima de su cabeza y dijo:

—¿Entiendes? Voy á dejarte...

—¿Para ir adónde? preguntó Tomás sin levantar la cabeza.

—No sé, me es igual...

—¿Y para qué?

—Dices tonterías... Me aburro contigo... Engendras la melancolía...

Tomás levantó la cabeza y la contempló con una sonrisa afligida:

—¡Vamos! ¿pero es posible?

—¡Positivo! Si me pongo á pensar, comprendería el sentido de tus palabras y su razón... Soy de tu especie... pensaría cuando llegaría mi hora... Y perecería... Pero aún es demasiado pronto... No, aun quiero vivir... y después venga lo que venga.

—¿Y yo? ¿Debo perecer también? preguntó Tomás indiferente y como fatigado.

—¡Ya lo creo! respondió Sacha con calma y seguridad. Gentes como tú perecen siempre... Cual puede ser la vida de aquel cuyo carácter no se dobla y que no tiene talento? Este es precisamente nuestro caso.

—Yo no tengo carácter, dijo Tomás estirándose. Y añadió después de algunos segundos de silencio: ni talento.

Algunos minutos transcurrieron, durante los cuales miráronse mutuamente; ninguno se habló.

—¿Y bien, qué vamos á hacer? preguntó Tomás:

—Es menester comer.

—No, pero en general. ¡Después!

—¿Después? No sé...

—Así es que tú me dejas... ¿estás decidida?

—Te dejo... pero divirtámonos primero una última vez. Vamos á Kazán y hagamos allí una orgía como no se haya visto igual. Enterraremos nuestros amores.

—¡Es factible! respondió Tomás. Y asimismo es lo indicado para despedirnos... ¡Qué diablo! ¡Existencia alegre! Dí, Sacha, se dice de vosotras, cortesanas, que sois ávidas de dinero y aun ladronas...

—Deja decir, replicó Sacha sin conmoverse...

—¿No te disgusta eso? interrogó Tomás con curiosidad. Apesar de ello, tú no eres avariciosa... tú sacarías provecho quedándote conmigo... soy rico y me dejas... luego, no te importa el dinero...

—¿A mí?

Sacha reflexionó y dijo con gesto indiferente:

—¡Quizás! ¿pero qué te importa? Aún no he caído

tan baja... como las que llaman á los transeuntes en la calle... ¿Quién puede ofenderme? Todo se puede decir... Lo que el mundo cuenta tiene menos importancia que el mugido de una vaca... La honradez, la virtud humana, las conozco bien... ¡y tanto! ¡Si yo fuese juez; no absolvería más que á los muertos!

Y Sacha soltó una carcajada granuja; después dijo bruscamente:

—Basta de tonterías... ¡Vamos á la mesa!

Al día siguiente por la mañana, Tomás y Sacha, se encontraban codo con codo sobre el puente del barco en el momento en que daba vista á Ustié. Todas las miradas se dirigían á Sacha, cubierta con un enorme sombrero negro, levantado de un lado y guarnecido de plumas blancas. Tomás estaba muy contrariado y sentía deslizarse sobre su rostro mil miradas curiosas. El barco silbaba y se movía, colocándose á lo largo del muelle lleno de una muchedumbre abigarrada, vestida de claras vestimentas de verano. Parecía á Tomás, que entre todos estos rostros tan varios, apercibía uno que le era familiar, pero que se disimulaba entre los otros, sin dejar de perseguirle con la mirada.

—Bajemos á nuestro camarote, dijo á su compañera, muy inquieto.

—¡Es muy feo el ocultar los pecados! dijo burlescamente Sacha. ¿Has apercibido á alguno de tus amigos?

—¡Hum!... sí... alguien que me acecha...

—¿Una nodriza con un biberón? ¡ja! ¡ja!...

—¡Ah! He ahí que te has errado ahora, le dijo Tomás echándole una ojeada feroz. ¿Crees que tengo miedo?

—¡Oh! Veo bien tu valor...

—Lo verás... No temo á nadie, dijo Tomás con cólera.

Pero, examinando atentamente á la muchedum-

bre del muelle, cambió de fisonomía y añadió dulcemente:

—Es mi padrino...

Contra el parapeto, entre dos enormes mujeres, Jacob Tarasovitch agitaba su gorra con una cortesía páfida y elevaba por encima su rostro de cuadro antiguo. Su barbilla temblaba, su frente calva relucía al sol y sus ojillos, como dos barrenas, traspasaban á Tomás.

—¡Qué buitrel! murmuraba Tomás, devolviendo á su padrino su saludo y agitando su gorra en el aire.

Este saludo puso á Maiakín en el colmo de la alegría, pues el viejo se retorció, pisoteaba, y su rostro radiaba con sonrisa diabólica.

—¡El muchachito será castigado! decía Sacha buscando excitar á Tomás.

Estas palabras, unidas á la sonrisa de su padrino, encendieron en el pecho de Tomás un fuego ardiente.

—Vamos á ver lo que sucede, gruñó entre dientes.

Y quedóse de repente en calma de mal agüero.

El barco se detenía. Los pasajeros se reunieron en el muelle y Tomás había perdido de vista á Maiakín algunos momentos, cuando este surgió de repente entre la muchedumbre, frente á él, con una sonrisa burlona y triunfante. Tomás, con las cejas arqueadas, la mirada fija, se dirigió hacia él, franqueando lentamente la pasarela. Empujado, apretado y estrujado, lo que le ponía furioso, concluyó por encontrarse frente á frente con su padrino, que le recibió con un saludo gracioso y le preguntó:

—¿Dónde os dirigíais, Tomás Ignatitch?

—Voy á mis asuntos, le respondió Tomás muy tranquilo y sin devolverle el saludo.

—¡Mi enhorabuena, señor! replicó Jacob Taraso-

vitch radiante. ¿Y esta señora de plumas se puede saber quién es?

—Es mi querida, declaró Tomás muy alto y sin bajar los ojos, bajo la mirada de su padrino.

Detrás de él, por encima de su hombro, Sacha examinaba sin emocionarse al pequeño viejo, cuya cabeza no llegaba á la barba de su amante. El público, al que la frase pronunciada por Tomás había atraído, les miraba, prometiéndose un escándalo. Con el genio belicoso de su ahijado, Maiakín temió una asomada. Agitó sus arrugas, movió los labios y dijo conciliador:

—Tengo que hablarte... Ven conmigo al hotel...

—Iré si no está muy lejos...

—¿No tienes tiempo? Adivino... tienes prisa para volver á echar á pique otro barco, exclamó el viejo que no podía contenerse.

—¿Por qué no? ¡bello espectáculo! replicó Tomás picado en lo vivo y guardando siempre su sangre fría.

—¡Ya lo creo! Como no eres tú quien ha ganado el dinero, no debes ahorrarlo. Vamos ven... ¿Y no se podría... tirar á la dama al río durante unos minutos? dijo con dulzura.

—Vete al hotel Sacha, toma un cuarto en la *Posada de Siberia*; pronto iré contigo, dijo Tomás.

Después, volviéndose hacia Maiakín, declaró con tono decidido:

—Estoy á vuestras órdenes... Partamos...

Los dos marcharon en silencio hacia el hotel.

Tomás veía que para no quedarse atrás su padrino se veía obligado á correr; alargó más aún el paso. Por esta falta de miras, trataba de entretener y estimular el espíritu belicoso que se agitaba en él:

—¡Camarero! llamó con voz dulce Maiakín entrando en el restaurant del hotel y dirigiéndose al

ridcón más alejado. Traiga una botella de kwas...

—Y cognac para mí, ordenó Tomás.

—¡Eso es! Cuando se tiene un mal juego, se empieza siempre por lo más comprometido, exclamó Maiakín con sorna.

—Vos no conocéis mi juego, replicó Tomás sentándose ante la mesa.

—¡Vamos! Hay tantos que juegan así...

—¿Cómo?

—Como tú... con audacia, pero sin inteligencia.

—¡Juego mi juego de tal modo que mi cabeza ó el muro se partiría! exclamó Tomás fogosamente, dando un puñetazo sobre la mesa.

—¿Aún sigues borracho? preguntó Maikín sonriente.

Tomás se arrellanó en su silla y con el rostro alterado por la cólera, dijo:

—¡Padrino! Sois hombre inteligente; tengo una profunda deferencia por vuestro talento...

—Mil gracias, hijo, dijo Maiakín inclinándose y levantándose de su sitio, las dos manos apoyadas sobre la mesa.

—De nada... quiero decir que ya no tengo veinte años... Ya do soy un niño...

—Te creo... ¡Tienes ya una edad respetable! Mira, si un mosquito hubiese vivido tanto tiempo como tú, apuesto que sería más grande que una gallina...

—¡Basta de bromas! dijo Tomás cortándole la palabra, y pronunció estas palabras con tal calma, que Maiakín tembló y sus arrugas se pronunciaron con inquietud.

—¿Para qué habéis venido aquí? preguntó Tomás.

—Has hecho tantas locuras, que vengo á ver lo que hay de verdad. Somos algo parientes y tú no tienes á nadie más que á mí...

—Habéis hecho mal en molestaros... ¿Sabéis, pa-

drino?... Dejadme en completa libertad ó bien encargaos de todos mis asuntos... ¡Cogedlo todo! ¡Hasta el último céntimo!

Esta proposición vino de un modo completamente inesperado, aún para Tomás mismo: nunca tal idea se le había ocurrido. Pero cuando acababa de pronunciar tales frases, comprendió de repente que en ello consistía su salud y que si su padrino consentía en despojarle de toda su fortuna, sería hombre libre, podría ir á donde bien le pareciera y hacer lo que quisiera. Hasta entonces había permanecido liado y embarazado, pero no conocía sus trabas y no podía atacarlas ¡y he aquí que iban á caer solas y sin ninguna dificultad! Una esperanza inquieta y alegre se despertó en su alma. Era como un rayo de luz que entraba en su vida tan brumosa y le hacía ver un camino amplio y espacioso... Su cerebro creaba imágenes vagas y siguiéndolas en las diferentes fases de su aparición hasta el momento en que desaparecían. Tomás balbuceaba frases apenas comprensibles.

—Eso es lo que será mejor... ¡Tomadlo todo y que se concluya esto! ¡Yo podría ir á mi antojo! No puedo vivir así... como si me hubiesen puesto pesos en los miembros... ó liado con cuerdas. «No hagas esto, no vayas por ahí»... Quiero vivir libremente... ser mi solo dueño... Buscaré mi senda... ¿Qué soy ahora? un prisionero.. Os lo suplico... tomad, tomad... que todo vaya al diablo. Libradme de ello, os lo suplico. ¿Qué traficante soy yo? No valgo para eso... mientras que si vos me escucháis... yo dejaría el mundo... todo... Encontraría algo.. trabajo... ¡os lo juro! ¡Papá! ¡devolvedme mi libertad! Ved, bebo, estoy liado con una mujer...

Maiakín le miraba con atención, seguía sus palabras, pero su rostro permanecía frío y no acusaba ninguna emoción.

Algunos pasaban al lado de ellos y el ruido sordo del restaurant se elevaba en la atmósfera. Varios saludaban á Maiakín, pero él no los veía, los ojos fijos en el rostro de su ahijado. Tomás sobreexcitado tenía una expresión de dicha, vaga y afligida al mismo tiempo. Su padrino le interrumpió con un profundo suspiro de tristeza y le dijo:

—¡Pobre muchacho! veo que estás dispuesto á extraviarte por completo... Me cuentas cosas insensatas... ¿Aún haría falta discernir si es efecto del cognac ó de tu idiotez?

—¡Padrino! exclamó Tomás. ¡Es factible! Otros lo han hecho antes que yo... Renunciaban á su bienes y en cambio recobraban su salud...

—No en mi tiempo... ¡ni ninguno de mis allegados! pronunció Maiakín severamente. ¡No lo habría sufrido!

—Algunos fueron santos cuando abandonaron sus bienes terrestres...

—¡Hum!... no me habían abandonado. Y si no, el asunto es claro. ¿Conoces tú el juego de damas? Llegas á avanzar á cierto extremo donde no puedes ser cogido, y si no te haces coger eres rey. Todos los caminos están abiertos; ¿has comprendido? ¡Pero qué diablo! ¡y te hablo seriamente! ¡Bah!

—¡Padrino! ¿Por qué no consiente usted? exclamó Tomás con cólera.

—¡Mira! ¡Si eres deshollinador, gatea por los tejados! ¡Bombero, siempre en tu puesto! Cada uno tiene su puesto aquí abajo y debe permanecer en él fielmente! ¡La ternera no muge como el oso! ¡Tú tienes tu senda trazada; síguela! No murmures, no te apartes de ella. Da á tu vida un impulso cualquiera.

Y de los labios delgado del viejo se escapó aquel torrente tumultuoso de palabras vivas y persuasivas, dichas con aquella voz chillona que Tomás co-

nocía tan bien. Pero, absorto en su sueño de libertad que le parecía de una realización tan fácil, no escuchaba á nadie.

Estaba enteramente absorto en su idea.

En su pecho se afirmaba el deseo de concluir con aquella existencia insípida y vaga, de romper con su padrino, de abandonar sus barcos, sus barcazas, renunciar á sus orgías, separarse, en fin, de todo lo que le esclavizaba y le ahogaba haciéndole la vida imposible.

Las palabras del viejo, que parecían venir de lejos, se confundían con el ruido de la vajilla, los paseos del camarero y el son de una voz aguardentosa.

Cuatro traficantes, sentados á una mesa cerca de la suya, discutían en alta voz:

—Dos y cuartillo y puedes dar gracias á Dios.

—¡Vamos, dale dos y medio!

—¡Eso no es sino lo justo! Es menester darlos. El barco es bueno y marcha de prisa.

—Amigos míos, no puedo. Dos y cuarto...

Maiakín trataba de hacerle comprender la razón.

—Te se han metido estas locuras en la cabeza; pero esas son ligerezas de la juventud.

Y acentuaba estas palabras á puñetazos sobre la mesa.

—¿Tus bravuconadas? Tontería. ¿Todos esos discursos que me diriges hace una hora? Locuras... ¿No querrás meterte en un convento ó hacerte peón de albañil?

Tomás escuchaba en silencio. Le parecía que el rumor sordo que le rodeaba, se alejaba; se hacía la cuenta de estar en medio de una muchedumbre considerable. Veía á las gentes agitarse sin motivo, sin razón, los ojos foscos, gritar, insultarse, caer los unos sobre los otros, pisoteándose. Se sentía tan desgraciado, porque no los comprendía, porque no

tenía fe en ellos y se daba cuenta que ellos tampoco se comprendían entre sí y que no eran sinceros los unos para con los otros. Pero si hubiese podido sustraerse á su contacto, recobrar su libertad y alejado de ellos contemplar su agitación, todo se habría puesto en claro. Se habría explicado sus necesidades y habría podido ocupar su lugar entre ellos.

—Vamos, ¿consiente usted en darme la libertad? preguntó Tomás á boca de jarro.

Y bajo su mirada de fuego, Maiakín volvió la cabeza.

—¡Padre mío! ¡Sólo por algún tiempo! ¡dejadme respirar! ¡ponerme al tanto de todo! suplicaba Tomás. Yo observaré, me daré cuenta de la razón de las cosas, y entonces... Pero si sigue usted sordo á mis súplicas, ya lo ve bien, llegaré á hacerme un borracho.

—¡No digas tonterías! ¡Haces el tonto! gruñó Maiakín.

—¡Está bien! replicó Tomás con sangre fría. ¡Entendido! ¿No consiente V.? Entonces no obtendrá V. nada! ¡Disiparé todo! Y por el momento no tenemos nada más que hablar... ¡adiós! Pero oirá V. hablar de mí. Le alegraré el corazón. De todo lo que tengo, no quedará ni para el hueco de una muela.

Tomás estaba tranquilo y hablaba con tono decidido. El creía que una vez su resolución tomada, su padrino no podría ya oponer obstáculo.

Pero Maiakín se revolvió en su silla y le respondió con el mismo tono sencillo y tranquilo:

—¿Sabes qué medios puedo emplear contra ti?

—Todos los que quiera V., respondió Tomás con un gesto de indiferencia.

—Pues bien, iré á la ciudad y daré los pasos para que te reconozcan por loco y te encarcelen en un manicomio...

—¡No podrá V. hacer eso! dijo Tomás incrédulo, pero un poco sobresaltado.

—En nuestro país, amigo mío, todo es posible...

—¡Verdaderamente!...

Tomás bajó la cabeza, y echando á su padrino una mirada á hurtadillas, tembló y se dijo:

«Lo hará... y sin piedad».

—Puesto que es de veras las locuras que dices, me veo precisado á recurrir á medidas rigurosas... Me comprometí, ante tu padre, á meterte en cintura... y lo haré... Sé que tus palabras son el resultado de tu última borrachera... Pero, en fin, si no te ordenas, si no paras los pies y si la fortuna adquirida por tu padre es tirada á los cuatro vientos por un galopín como tú, yo sabré ponerte á la sombra... te encerraré sólidamente... Conmigo no se juega impunemente...

Maiakín hablaba con voz melosa; sus ojos guardaban una expresión de frío sarcasmo.

Las arrugas que surcaban su rostro subían á la frente, y las de la frente se habían reunido en un dibujo fantástico que se prolongaba hacia la coronilla de su calva cabeza.

Aquel rostro era inexorable y sin lástima y el alma de Tomás se heló y se llenó de tristeza.

—¿Entonces no hay otra salida para mí? preguntó ofuscado. ¿Quiere V. encarcelarme?

—La salida es que no tienes más que seguir adelante. Yo te guiaré... no tengas temor... no vacilarás y llegarás á buen puerto...

Tanta fatuidad y aquella inquebrantable vanagloria pusieron á Tomás fuera de sí.

Con las manos metidas en los bolsillos, para no pegar al viejo, Tomás irguió la cabeza, y con voz sorda, dijo entre dientes:

—¿De qué se vanagloria V. así? ¿Qué es lo que tú has hecho de glorioso? ¿Tu hijo, dónde está? ¿Y tu hija, qué es? ¡Tú! ¡Reglamentar la vida! ¡Eres un hombre superior!... sabes todo... vamos, dime: ¿Por

qué vives? ¿Para qué amasas tanto dinero? ¿Te crees inmortal? ¡Pues bien! sea, soy tu prisionero... te has amparado de mí... me has vencido... pero espera... ¡quizás pueda escapar!... ¡La última palabra no está dicha! ¡Eh! ¡tú! ¿qué has hecho en la vida? ¿Qué quedará después de tí? Mi padre al menos ha hecho construir una casa; ¿y tú? ¿qué has hecho tú?

Las arrugas del rostro de Maiakín temblaron y se contrajeron, bajándose hacia sus labios, lo que dió á su rostro una expresión dolorosa como si fuese á llorar. Abrió la boca, pero no dijo nada, mirando á su ahijado sobrecogido y casi con temor.

—¿Qué dirías tú para justificarte ante el Señor? preguntaba aún Tomás, sin apartar de él sus miradas.

—¡Silencio, perro pillo! gruñó el viejo en voz baja. Y miró con inquietud á su alrededor.

Pero Tomás se levantó de su silla, se encasquetó la gorra en la cabeza, y mirando al viejo con rencor:

—¡Todo queda dicho... me voy!

—¡Vete!... ¡pero te volveré á ver! ¡Yo diré la última palabra! le respondió Maiakín con voz entrecortada.

—¡Voy á divertirme, me arruinaré!

—Está bien... ¡se verá!

—¡Adiós! héroe... dijo con sarcasmo Tomás.

—¡Hasta pronto! No me desdigo... es mi divisa... y te quiero á pesar de todo... aunque seas una bala perdida.

Maiakín hablaba en voz baja y ahogada.

—No tienes necesidad de quererme. ¡Instrúyeme sólo! Pero he ahí... la ciencia verdadera no la conoces tampoco, le dijo Tomás volviéndole la espalda.

Y se alejó del salón.

Jacobo Tarasovitch Maiakín quedó solo.

Apoiado sobre la mesa, trazaba, con el dedo mo-

jado en vino, dibujos en el platillo. Su cabeza puntiaguda bajaba más y más, como si no pudiese distinguir lo que su dedo nervioso iba trazando. Gruesas gotas de sudor se escapaban de su frente. El restaurant estaba lleno de un rumor sonoro que hacía temblar los cristales de las ventanas.

Del Volga subían los silbidos estridentes de los barcos, los golpes sordos de las ruedas batiendo el agua y la llamada de los hombres que descargaban las barcasas. Era la vida que seguía su curso, sin un segundo de vacilación ni de fatiga. Maiakín hizo una seña al camarero, llamándole, y le preguntó con voz particularmente imponente y sin esfuerzo:

—¡La cuenta!

X

Antes de su disputa con Maiakín, Tomás, cansado ya de la vida, entregábase á la licencia más vergonzosa. A partir de este día, se abandonó á su destino con bríos de desesperado, el corazón henchido de un sentimiento de venganza rencorosa contra los hombres y de un desprecio insolente del que él mismo estaba asombrado.

Algunos días después de su llegada á Kazán, Sacha era la querida del hijo de un fabricante de alcoholes, que era uno de los camaradas de Tomás. Antes de partir con su nuevo amante para alguna villa lejana de la ribera, Sacha dijo á Tomás:

—Adiós, querido. Nos encontraremos quizás un día... nuestros destinos son los mismos. Te doy un consejo: no dejes en libertad á tu corazón. Diviér-